

# DesHielo

Colección Rayos globulares

(4)

**R**



# DesHielo

Ilija Trojanow

Traducción de Rosa P. Blanco

Prólogo de Jorge Riechmann

**Rayo verde**  
*editorial*

La traducción de esta obra ha sido apoyada por una subvención del Goethe-Institut, que está financiado por el *Bundesminister des Auswärtigen*.



Primera edición: octubre 2012

Título original, Eis Tau

© 2011 Carl Hanser Verlag München

© de la fotografía de Ilija Trojanow, Peter-Andreas Hassiepen



CC de la traducción del alemán, Rosa P. Blanco

CC de esta edición, Rayo Verde Editorial, S.L., 2012

CC de la obra, Ilija Trojanow

Se permite compartir la obra en parte o en su totalidad bajo las siguientes condiciones:  
Atribución – No Comercial – Distribuir Igual

Diseño de la cubierta: Noemí Giner

Ilustración de la cubierta: Elena Macías

Diseño editorial: Ana Varela

Corrector: Óscar Mora

Publicado por Rayo Verde Editorial, S.L.

Comte Borrell 115, ático 2ª

Barcelona 08015

rayoverde@rayoverde.es

www.rayoverdeeditorial.com

Impresión: El Tinter



Este libro se ha realizado con tintas compuestas con aceites vegetales y con planchas que reducen el consumo de tinta.

El plastificado de la cubierta se ha llevado a cabo con un polipropileno reciclable al agua y que aumenta la durabilidad del libro.

El transporte y embalaje de estos libros se ha efectuado con cajas de cartón corrugado 100% reciclado. Se ha evitado el uso de envoltorios plásticos.

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un amigo que le pueda interesar. En el caso de querer tirarlo (algo impensable), hazlo siempre en el contenedor azul de reciclaje de papel.

Depósito legal: b-25939-2012

ISBN: 978-84-15539-18-6

BIC: FA

Impress a Espanya - *Printed in Spain*

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para su uso personal.

Prólogo de Jorge Riechmann



## *Pérdidas*

¿Saben ustedes qué significa *criosfera*? Se trata de algo que estamos perdiendo rápidamente. ¿No deberíamos conocer los nombres de las cosas y los seres que se nos van, antes de perderlos definitivamente? Ah, dice alguien, ya está otra vez jodiéndola este iluso, el mundo real no funciona así.

En la novela que van ustedes a leer, los glaciares mueren, y se sabe que los historiadores se extinguirán antes que la última ave marina. Memoricen la palabra *criosfera*.

## *Amenazas*

El cambio climático no amenaza al planeta como tal: la Tierra ha conocido violentas transformaciones climáticas en el curso de su larga existencia. Los niveles más básicos de la biosfera lo aguantan todo —pensemos en el mundo bacteriano—. Pero el calentamiento sí que amenaza a buena parte de las especies que habitan nuestro mundo, a las que nos importan más —esos animales y plantas que llamamos «superiores»—; y

supone una amenaza muy seria para el futuro de eso que llamamos civilización humana.

La diferencia entre el promedio de temperaturas en el último milenio y la edad de hielo, que finalizó hace unos 12.000 años, es sólo de 3 °C. Si el calentamiento global que estamos conociendo superara los 2 °C respecto a la era preindustrial —y probablemente ya sea demasiado tarde para evitarlo—, las consecuencias serán catastróficas.

### *Causas y efectos*

El calentamiento climático es, por una parte, el problema ambiental más grave y urgente al que se enfrenta la humanidad en el siglo XXI. Su potencial de desestabilización es tremendo: en el límite, el mayor peligro no estriba en la degradación de los ecosistemas (en el largo plazo de los tiempos geológicos la naturaleza se recupera incluso después de grandes catástrofes, llegando a nuevas situaciones de equilibrio) sino más bien en la desintegración de sociedades enteras (a causa del hambre y las carencias sanitarias, las migraciones masivas y los conflictos recurrentes por la escasez de recursos).

Pero, por otra parte, el calentamiento climático es efecto y no causa: síntoma de males y trastornos que tienen raíces más profundas. La excesiva acumulación de gases de efecto invernadero en la atmósfera resulta de los impactos humanos sobre el territorio («cambios de usos del suelo», incluyendo la agricultura y ganadería industriales) y la quema de combustibles fósiles: es nada menos la base energética de la sociedad industrial, y sus formas de ocupación del territorio, se pone en duda.

En cuanto se ahonda en el análisis se ve que este modelo de producción y consumo nos ha llevado a un callejón sin salida, y que los cambios necesarios para evitar un colapso no son



superficiales (ni de naturaleza primordialmente técnica) sino muy profundos (con una ineludible dimensión ético-política). Cuando la sociedad industrial choca contra los límites biosféricos (y el calentamiento climático es la expresión más visible de este choque), lo que necesitamos es avanzar en una cultura de la sobriedad y la autocontención, capaz de «vivir bien con menos»<sup>1</sup>.

### *Un poco de seriedad*

No son serias las posiciones «negacionistas» del cambio climático antropogénico (importante adjetivo que significa: causado por el ser humano). No hay científicos solventes que las respalden: se trata de espesas cortinas de humo cuyo origen puede rastrearse hasta intereses económicos muy concretos, por lo general las transnacionales del petróleo y los automóviles. Pero, por los peculiares mecanismos de la sociedad mediática, esas posiciones «ecoescépticas» que no hallan el menor acomodo en las revistas científicas serias (con sus rigurosos mecanismos de control de calidad) van esponjándose en los semanarios para el gran público y los libros de divulgación, y llegan a su apoteosis en los *talk-shows* televisivos: ahí aparecen no pocas veces una persona a favor y otra en contra, como si los argumentos que hay detrás fuesen equivalentes.

Hasta 1995 aún se discutía sobre los ritmos del proceso y sobre si la fase de calentamiento más rápido ya se había iniciado o no. Un momento decisivo llegó a finales de ese año: los científicos del IPCC (Comisión Intergubernamental sobre el Cambio Climático, que representa —es importante subra-

<sup>1</sup> Lo argumentamos en Manfred Linz, Jorge Riechmann y Joaquim Sempere: *Vivir (bien) con menos. Sobre suficiencia y sostenibilidad*, Icaria, Barcelona, 2007.

yarlo— el consenso científico mundial sobre este fenómeno) dieron finalmente por cierto el comienzo del calentamiento inducido por la actividad humana en su *Segundo Informe de Evaluación*<sup>2</sup>. El tercero y el cuarto —este último hecho público en 2007— no han hecho sino robustecer la evidencia disponible.

He de insistir en que es así de grave: un incremento de 5 ó 6 °C sobre las temperaturas promedio de la Tierra (con respecto a los comienzos de la industrialización), incremento hacia el que vamos encaminados si no «descarbonizamos» nuestras economías rápidamente y a gran escala, nos retrotraería a una biosfera inhóspita, probablemente similar a lo que los paleontólogos designan con la gráfica expresión de «infierno del Eoceno». En un mundo así, cientos de millones de seres humanos perecerían antes de finales del siglo XXI, y cabe suponer que la vida de los supervivientes no tendría mucho de envidiable.

Se trata de una amenaza existencial. Llevamos un retraso de decenios en la acción eficaz para contrarrestar la crisis socioecológica planetaria (a veces designada con el eufemismo de «cambio global»). No podemos permitirnos seguir perdiendo el tiempo.

### *¿Está en nuestra naturaleza ser egoístas, necios y autodestructivos?*

«Supongo que está en nuestra naturaleza ser egoístas, necios y autodestructivos», escribe en una carta a un importante diario español una lectora de Sabadell, angustiada —«escri-

<sup>2</sup> IPCC: *The Science of Climate Change*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.

bo esta carta llena de indignación, tristeza, impotencia...»<sup>3</sup> — ante las noticias que le iban llegando durante el verano de 2012 acerca del deshielo en Groenlandia, el Ártico y las otras grandes masas de hielo que componen la criosfera del planeta. Pero no, Silvia: no está en nuestra naturaleza biológica ser egoístas, necios y autodestructivos. En ciertos contextos —lo sabemos por la historia, la etnología, la antropología cultural, la sociología, la psicología y las neurociencias— nos las arreglamos para ser generosos, previsores y colectivamente inteligentes<sup>4</sup>.

Lo que sí resulta cierto, sin lugar a dudas, es que el sistema socioeconómico actual —capitalismo basado en combustibles fósiles desde hace dos siglos, rematado con una plutocracia global *financiarizada* en los últimos tres decenios aproximadamente—, tal sistema no constituye uno de esos contextos propicios. El sentido común necesario para construir sociedades ecológicamente sostenibles<sup>5</sup> choca contra la dominación del capital especulativo, contra la «noria de la producción» que tritura los recursos naturales, contra la cultura del cortísimo plazo y la inmediatez, contra la «plétora miserable» que diseccionaba Paco Fernández Buey, contra la zanahoria consumista que guía al asno popular colectivo que medra en sociedades infantilizadas, presas del espectáculo mediático y los *gadgets* de alta tecnología, mientras los fundamentos básicos de nuestra existencia se cuartejan y desmoronan...

<sup>3</sup> Silvia Romeu, «Salvemos el Ártico», *El País Semanal*, 2 de septiembre de 2012.

<sup>4</sup> He desarrollado cierta reflexión sobre la naturaleza humana en Jorge Riechmann, «Acerca de la condición humana», capítulo 4 de *Interdependientes y ecodependientes*, Proteus, Barcelona 2012.

<sup>5</sup> Remito aquí a mi ensayo *Biomímesis*, Los Libros de la Catarata, Madrid 2006.

## *Cambio climático y no linealidad*

Pues eso es, en efecto, lo que está ocurriendo. «Groenlandia se derrite», hemos leído en titulares de prensa este verano de 2012, que ha resultado ser —otra vez— extraordinariamente cálido. Kalaallit Ninaat —así llaman a Groenlandia los nativos inuit— está perdiendo 250 kilómetros cúbicos de hielo cada año: el doble que hace apenas una década. ¿Y por qué debería preocuparnos el deshielo?

A riesgo de hacerme pesado, lo repetiré: en un lapso de tiempo que no se mide en siglos sino en decenios, un cambio climático rápido y descontrolado puede llevarse por delante las condiciones para una vida humana decente en el planeta Tierra, y quizá incluso a la especie humana en su conjunto. En efecto, los impactos actuales sobre la biosfera (y el uso insostenible de energía proporciona una buena aproximación al impacto ambiental global) nos sitúan en la antesala de un planeta no habitable para muchas especies vivas, quizá entre ellas la especie humana.

Un fenómeno de crucial importancia aquí es la no linealidad de muchos fenómenos naturales y sociales —y en particular la no linealidad del sistema climático. No linealidad quiere decir que puede haber cambios bruscos desde un estado a otro muy diferente, cuando se sobrepasan ciertos umbrales. No se trataría —para entendernos— de lo análogo a una ruedecita que regula por ejemplo el volumen de sonido de un aparato, sino del equivalente a un interruptor con dos posiciones: ON/ OFF.

Para hacernos una idea: según investigaciones recientes, uno de los cinco episodios de mega extinción que ha conocido en el pasado nuestro planeta —la cuarta gran extinción, en el gozne entre los períodos Pérmico y Triásico, hace unos 250 millones de años— resultó de uno de estos cambios de interruptor climático. Se cree ahora que el intenso vulcanismo aso-

ciado con la fragmentación del primitivo «supercontinente» Pangea inyectó a la atmósfera cantidades considerables de dióxido de carbono, provocando un calentamiento inicial moderado (análogo al que están produciendo ya ahora las emisiones antropogénicas de gases de efecto invernadero); pero este calentamiento activó otro mecanismo, la liberación de enormes cantidades de metano almacenado en los fondos marinos (en forma de clatratos de metano). Tal liberación de metano de los fondos oceánicos —el metano es un potentísimo gas de efecto invernadero— sería lo que aumentó la temperatura promedio del planeta en otros 5 °C, lo cual produjo un verdadero vuelco climático, el peor episodio de mega extinción que ha conocido nuestro planeta: desaparecieron el 96% de las especies marinas y el 70% de las especies de vertebrados terrestres. Tras la catástrofe sólo sobrevivió aproximadamente un 10% de las especies presentes a finales del Pérmico. Con tan poca biodiversidad resultante, la vida tardó mucho tiempo en recuperarse. La llamada «hipótesis del fusil de clatratos» (*clathrate gun hypothesis*) ha sido reforzada por nuevas y recientes evidencias<sup>6</sup>.

## *Episodios singulares*

Más allá del calentamiento gradual, que en los modelos climáticos habituales resulta de prolongar hacia el futuro tendencias más o menos lineales, existe el riesgo de que ocurran los llamados *episodios singulares*: cambios abruptos y no lineales provocados por un calentamiento adicional del planeta, una

<sup>6</sup> Remito a un artículo en *Science* del 22 de julio de 2011, obra de investigadores daneses y holandeses: «Atmospheric carbon injection linked to end-Triassic mass extinction», por Micha Ruhl, Nina R. Bonis, Gert-Jan Reichart, Jaap S. Sinninghe Damsté y Wolfram M. Kürschner, vol. 333, n° 6041, p. 430-434.

vez se sobrepasen ciertos umbrales críticos. Veamos algunos ejemplos:

- Fusión de los hielos de Groenlandia, lo que provocaría una subida del nivel del mar de unos siete metros.
- Colapso de la circulación termohalina del Atlántico Norte («corriente del Golfo»), lo que podría causar un enfriamiento del norte y el oeste de Europa.
- Emisión de grandes cantidades de metano generadas por los hidratos de gas natural hoy fijados en los océanos, lagos profundos y sedimentos polares (en las zonas boreales, bajo el permafrost helado), lo que podría retroalimentar el calentamiento del planeta (el metano es un gas de «efecto invernadero» veinticinco veces más potente que el dióxido de carbono).
- Colapso de los ecosistemas marinos (por encima de cierto nivel de calentamiento oceánico habría extinción masiva de algas, con su capacidad de reducir el nivel de dióxido de carbono y crear nubes blancas que reflejan la luz del sol), que probablemente originaría una brusca subida de las temperaturas promedio en más de cinco grados centígrados.

### *Bucles de realimentación*

Lo inquietante de semejantes perspectivas es que los científicos han identificado numerosos bucles de realimentación positiva (*feedback loops*) susceptibles de acelerar el calentamiento. La idea de estos bucles viene de la cibernética, y tiene gran importancia: «Estamos acostumbrados por la experiencia de la vida a aceptar que existe una relación entre causa y efecto. Algo menos familiar es la idea de que un efecto puede, directa o indirectamente, ejercer influencia sobre su causa. Cuando

esto sucede, se llama realimentación (*feedback*). Este vínculo es a menudo tan tenue que pasa desapercibido. La causa-efecto-causa, sin embargo, es un bucle sin fin que se da, virtualmente, en cada aspecto de nuestras vidas, desde la homeostasis o autorregulación, que controla [entre otros parámetros] la temperatura de nuestro cuerpo, hasta el funcionamiento de la economía de mercado.»<sup>7</sup>

Si son *bucles positivos*, tienden a hacer crecer un sistema y desestabilizarlo (en esa medida, y si se me permite la broma, los bucles positivos resultan negativos). Si se trata de *bucles negativos* tienden a mantener la integridad de un sistema y estabilizarlo. Los primeros son «revolucionarios» y los segundos «conservadores». «La realimentación positiva sin límite, al igual que el cáncer, contiene siempre las semillas del desastre en algún momento del futuro. (Por ejemplo: una bomba atómica, una población de roedores sin depredadores...) Pero en todos los sistemas, tarde o temprano, se enfrenta con lo que se denomina realimentación negativa. Un ejemplo es la reacción del cuerpo a la deshidratación. (...) En el corazón de todos los sistemas estables existen en funcionamiento uno o más bucles de realimentación negativa.»<sup>8</sup>

Superado cierto umbral, el calentamiento gradual podría disparar varios bucles de realimentación positiva, lo que conduciría a un cambio rápido, incontrolable y potencialmente catastrófico. Ya hemos mencionado dos de estos bucles: la liberación de hidratos de gas y el colapso de las poblaciones de algas marinas. Otros son:

- Cambios en el albedo de la superficie terrestre (la tendencia a reflejar luz, más que a absorberla). Cuando

<sup>7</sup> Jane King y Malcolm Slessor, *No sólo de dinero... La economía que precisa la Naturaleza*, Icaria, Barcelona, 2006, p. 54.

<sup>8</sup> Jane King y Malcolm Slessor, *op. cit.*, p. 56.

- se funden hielos y nieves (que reflejan la luz) aumenta el albedo de la Tierra, que absorbe más calor.
- Bosques tropicales. El aumento de temperatura tiende a desestabilizar las selvas tropicales y a reducir el área cubierta por las mismas. Cuando mueren los ecosistemas de bosques o algas su descomposición libera dióxido de carbono y metano al aire, lo que realimenta el calentamiento.
  - Respiración de los suelos. El calentamiento puede conducir a un aumento exponencial de la actividad microbiana, de manera que el dióxido de carbono expelido por los suelos sobrepasaría la capacidad de almacenamiento de la vegetación adicional.

Así pues, existen —tanto en la biosfera como en los ecosistemas singulares, así como en el sistema climático en su conjunto— *umbrales críticos* más allá de los cuales el cambio lento y «digerible» se convierte en rápidas transformaciones profundas. En lo que atañe al clima, muchos científicos piensan que podemos haber sobrepasado algunos de esos umbrales críticos, o estar a punto de hacerlo. Así, por ejemplo, el experto en glaciares Lonnie G. Thompson (de la Ohio State University) cree que los datos disponibles sobre el retroceso de los glaciares —especialmente en las montañas más cercanas al trópico: los Andes y el Himalaya— indican que «el sistema del clima ha excedido un umbral crítico» y sugiere que quizá los seres humanos no dispongamos del lujo de adaptarnos a cambios lentos.<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Lonnie G. Thompson y otros: «Abrupt tropical climate change: Past and present». *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 11 de julio de 2006, vol. 103, n° 28, 2006. Puede accederse al mismo en <http://www.pnas.org/cgi/content/abstract/103/28/10536>



## *Una oportunidad quizá irrepetible*

¿Nos comportaremos con respecto a los hidrocarburos fósiles —y otros recursos minerales y bióticos— como la colonia de bacterias sobre la placa de Petri? ¿Agotar todos los recursos mientras uno puede seguir creciendo exponencialmente, y luego perecer —ésa será la trayectoria de la «civilización»? ¿Nuestra inteligencia colectiva no superará a la de la colonia bacteriana?

La acción para mitigar el cambio climático es una oportunidad, tal vez irrepetible, para «hacer las paces con la naturaleza», para cambiar nuestro insostenible modelo de producción y consumo, imposible de mantener porque el uso actual de recursos naturales y energéticos supera ampliamente la capacidad de carga del planeta.

## *El lagarto interior*

Pero ¿podemos actuar de esa manera? ¿O quizá se trata de propuestas de acción colectiva que superan lo que cabe esperar del ser humano? Michael Lewis, en su ensayo *Boomerang*, cita al neurocientífico británico —residente en EEUU— Peter Whybrow, un experto mundial en depresión y enfermedad maníaco-depresiva, metido a patólogo social en algún libro de ensayo como *American Mania: When More Is Not Enough* (WW Norton, 2006). Gracias a la superabundancia, dice, en EEUU —pero no sólo ahí, claro está— «los seres humanos se pasean por ahí con unos cerebros tremendamente limitados. Tenemos el núcleo de un lagarto. (...) A lo largo de cientos de miles de años el cerebro humano ha evolucionado en un entorno caracterizado por la escasez. No fue diseñado, por lo menos originalmente, para un entorno de extrema abundan-

cia. (...) Hemos perdido la capacidad de autorregulación en todos los niveles de la sociedad.»<sup>10</sup>

¿De verdad vamos a aceptar que el *Homo sapiens* no pueda ir más allá de las pautas de conducta impresas en su cerebro reptiliano? Veo comida, ataco y trago; veo un *smartphone*, agredo y compro. ¿No vamos a poder hacer funcionar a ratos el neocórtex? Buda y Zenón de Citio, Aristóteles y Confucio se reirían de nosotros. ¿De tan poca *enkráteia* son capaces estos degenerados *anthropos* de comienzos del siglo XXI?

Neurocientíficos y filósofos morales han llamado la atención sobre cómo el «cerebro humano antiguo» (podemos llamarlo «cerebro reptiliano» para abreviar: se trata de sistemas neurológicos situados sobre todo en el hipotálamo<sup>11</sup>) es el resultado evolutivo de una lucha por la supervivencia personal que privilegió los mecanismos egoístas de la «cuatro efes»: *feeding, fighting, fleeing and fucking*, a saber: alimentarse, luchar, huir y follar. Como resume la gran historiadora de las religiones Karen Armstrong, «no hay duda de que en los recovecos más profundos de su mente los hombres y las mujeres son despiadadamente egoístas. (...) Estos instintos se plasmaron en sistemas de actuación rápida, alertando a los reptiles a competir despiadadamente por el alimento, protegerse de cualquier amenaza, dominar su territorio, buscar lugares de refugio y perpetuar sus genes. Nuestros antepasados reptilianos, por tanto, únicamente estaban interesados en

<sup>10</sup> Puede seguirse a este neuroinvestigador en [www.peterwhybrow.com](http://www.peterwhybrow.com)

<sup>11</sup> En realidad, un modelo más preciso hablaría de tres partes del cerebro: archicórtex o «cerebro reptiliano», paleocórtex o «cerebro paleomamífero» y neocórtex o «cerebro mamífero avanzado». El primero sería el cerebro instintivo; el segundo el cerebro emocional; el tercero el cerebro racional. Véase José María Bermúdez de Castro: *La evolución del talento. Cómo nuestros orígenes determinan nuestro presente*, Debolsillo, Barcelona, 2011, p. 95-98.

el estatus, el poder, el control, el territorio, el sexo, el interés personal y la supervivencia»<sup>12</sup>.

Las emociones que generan estos sistemas neuronales de antiguo origen radicados en el hipotálamo son fuertes, automáticas y egoístas: nos conducen a acumular bienes, responder violentamente a las amenazas, aparearnos y tratar de que la prole salga adelante... Pero sobre este «cerebro antiguo» se ha superpuesto evolutivamente el neocórtex humano, sede de las capacidades de razonamiento y de otra clase de emociones menos vinculadas a la supervivencia personal.

No es que el cerebro humano sea defectuoso (o la naturaleza humana corrupta), no es eso... Es que dejamos pasar las ocasiones de fomentar lo mejor de nosotros mismos. Trabajar, por ejemplo, con las técnicas que ya habían desarrollado los sabios antiguos, budistas y estoicos sin ir más lejos, para que el neocórtex pueda controlar —¡al menos de vez en cuando!— los arrebatos del lagarto interior...

## *Lo que nos hace humanos*

De forma poco realista, David Orr escribe que «casi todo el mundo acepta actualmente que el proyecto moderno de crecimiento económico y dominio de la naturaleza ha fracasado estrepitosamente»<sup>13</sup>, pues los excesos del sistema industrial amenazan los sistemas vivos del planeta. ¡Ojalá esa mirada lúcida estuviese en efecto generalizada! Pero, por el contrario,

<sup>12</sup> Karen Armstrong, *Doce pasos hacia una vida compasiva*, Paidós, Barcelona, 2011, p. 23.

<sup>13</sup> David W. Orr, «¿Para qué sirve ahora la educación superior?», en Worldwatch Institute: *La situación del mundo 2010. Cambio cultural: del consumismo a la sostenibilidad*, Icaria, Barcelona, 2010, p. 156.

se diría que las mayorías sociales permanecen aún hipnotizadas por un espejismo de progreso que se vincula con un crecimiento económico sin límites.

Somos malos en autocontención (los griegos llamaban a esta virtud *enkráteia*). Pero es la autocontención lo que nos hace humanos, lo que puede hacernos humanos (en el sentido normativo del término). A escala individual y «microsocial» ello debería resultar casi evidente. Poder aprovecharse de una ventaja, al precio de dañar a otro, y no hacerlo: eso es lo que nos humaniza.

El escritor colombiano Santiago Gamboa, que fue representante de su país ante la UNESCO, recuerda haber escuchado al delegado de Palestina decir: «Es más fácil hacer la guerra que la paz, porque al hacer la guerra uno ejerce la violencia contra el enemigo, mientras que al construir la paz uno debe ejercerla contra sí mismo»<sup>14</sup>. Dominio de sí en vez de violencia contra el otro: eso nos humaniza.

### «*Expansión ilimitada del (pseudo)dominio (pseudo)racional*»

En el centro de la cultura occidental determinada por las dinámicas del capitalismo, el crecimiento industrial y la tecnología hallamos *la cuestión de la dominación*. Vale la pena recordar de nuevo la fórmula con que Cornelius Castoriadis captaba la «esencia» de la sociedad industrial (o, en los términos del filósofo greco-francés, el *imaginario social colectivo* de ésta, el núcleo de significaciones imaginarias que mantienen la cohesión social y orientan la actividad). Para Castoriadis, «el

<sup>14</sup> Santiago Gamboa: «Colombia: Chéjov versus Shakespeare», *El País*, 9 de septiembre de 2012.

objetivo central de la vida social [en esta sociedad] es la expansión ilimitada del (pseudo)dominio (pseudo)racional»<sup>15</sup>.

Conviene fijarse en tres elementos de la frase: en primer lugar una *hybris* que, al no reconocer límites de ninguna clase, se condena a chocar contra las estructuras y consistencias de los seres vivos finitos en un planeta limitado; en segundo lugar un impulso de dominación tanático, nacido seguramente de grietas de la psique humana donde se ha aventurado sobre todo el psicoanálisis; en tercer lugar una clase de racionalidad extraviada sobre la que me he extendido en otros lugares<sup>16</sup>. El adjetivo *pseudo* califica, por partida doble, la «contraproductividad» de un impulso cuyo carácter destructivo acaba volviéndose contra sí mismo.

### *Una cultura de la autocontención*

La idea de una cultura de la autocontención apunta a contrariar la fórmula de Castoriadis. Parte de la intuición de que los seres humanos, confrontados a su finitud, vulnerabilidad y dependencia, pueden ciertamente ceder a lo tanático —la pulsión de muerte— y emprender la lucha por la dominación (sobre los demás, sobre la naturaleza externa, sobre sí mismos y su propia naturaleza interna); pero pueden también emprender una senda antagónica que se orienta al cuidado de lo frágil, la ayuda mutua, la asunción de responsabilidades, el ayudarnos unos a otros a confrontar la muerte.

<sup>15</sup> Encontramos esta formulación en muchos lugares de la obra de Castoriadis. Por ejemplo, en Cornelius Castoriadis y Daniel Cohn-Bendit, *De la ecología a la autonomía*, Mascarón, Barcelona 1982, p. 18.

<sup>16</sup> Jorge Riechmann, «Hacia una teoría de la racionalidad ecológica», capítulo 2 de *La habitación de Pascal*, Los Libros de la Catarata, Madrid 2009.

Algunos marxismos heterodoxos formularon tempranas críticas del productivismo, la noción burguesa de progreso y la aspiración de dominar la naturaleza. Vale la pena rememorar al Walter Benjamin de *Dirección única*, un libro de apuntes, fragmentos y agudezas publicado en 1928: «Dominar la naturaleza, enseñan los imperialistas, es el sentido de toda técnica. Pero ¿quién confiaría en un maestro que, recurriendo al palmetazo, viera el sentido de la educación en el dominio de los niños por los adultos? ¿No es la educación, ante todo, la organización indispensable de la relación entre las generaciones y, por tanto, si se quiere hablar de dominio, el dominio de la relación entre las generaciones y no de los niños? Lo mismo ocurre con la técnica: no es el dominio de la naturaleza, sino dominio de la relación entre naturaleza y humanidad.»<sup>17</sup>

## *Autoconstrucción*

*Dominar no la naturaleza sino la relación entre naturaleza y humanidad*: esta idea sigue siendo inmensamente fecunda en el siglo XXI<sup>18</sup>. Todas las relaciones humanas entrañan ejercicio de poder, señalaba un filósofo como Michel Foucault (en la

<sup>17</sup> Walter Benjamin, *Dirección única*, Alfaguara, Madrid 1987, p. 97.

<sup>18</sup> Por lo demás, podemos rastrearla también en un famoso pasaje del libro tercero del *Capital* de Marx: ahí el pensador de Tréveris no define el socialismo como dominación humana sobre la naturaleza, sino más bien como *control sobre el metabolismo entre sociedad y naturaleza*, regulación consciente de los intercambios materiales entre seres humanos y naturaleza. En la esfera de la producción material, dice Marx, «la única libertad posible es la regulación racional, por parte del ser humano socializado, de los productores asociados, de su metabolismo [*Stoffwechsel*] con la naturaleza; que lo controlen juntos en lugar de ser dominados por él como por un poder ciego». Citado por Michael Löwy en *Ecosocialismo*, El Colectivo / Ediciones Herramienta, Buenos Aires 2011, p. 73.

estela de Nietzsche)<sup>19</sup>. Pero si, en un ejercicio de reflexividad guiado por los valores de la compasión, trato de dominar no al otro sino mi relación con el otro, se abren impensadas posibilidades de transformación. De verdadera humanización de esos inmaduros homínidos que aún seguimos siendo.

Se trata de construir lo humano (¡pues no nos viene dado!) en vez de dar rienda suelta a las ciegas pulsiones de la psique y los arrolladores mecanismos del mercado. Construir lo humano: las emociones humanas, las prácticas humanas, las virtudes humanas, las instituciones humanas. Nuestra tarea es construirnos —incluso si creemos, como los budistas por ejemplo, que la almendra de esta tarea es deconstruir el ego<sup>20</sup>.

### *En el futuro se preguntarán: ¿cómo dejaron que ocurriera?*

Si lanzamos hacia atrás una mirada histórica, y contemplamos los estragos que han padecido diversas sociedades —

<sup>19</sup> Habría que tener aquí en cuenta la ambivalencia del concepto, que señaló Spinoza, sobre la que no se puede insistir demasiado: poder como capacidad frente a poder como dominación. Spinoza en su *Tractatus politicus* (1677, capítulo 2: «Del derecho natural») establece la importante diferencia entre las palabras latinas *potentia* y *potestas*. *Potentia* significa el poder de las cosas en la naturaleza, incluidas las personas, «de existir y actuar». *Potestas* se utiliza en cambio cuando se habla de un ser en poder de otro. (En alemán, la pareja de conceptos *Macht/Herrschaft* capta la distinción: se ve bien en Max Weber.) Tenemos entonces *potentia* como «poder para», poder en cuanto capacidad. Y *potestas* en cuanto «poder sobre otros», *poder en cuanto dominación*. El primero es más originario que el segundo. Puede verse al respecto también Jorge Riechmann, *¿Cómo vivir? Acerca de la vida buena*, Los Libros de la Catarata, Madrid 2011, p. 33-35.

<sup>20</sup> Véase al respecto Serge-Christophe Kolm, *Le bonheur-liberté. Bouddhisme profond et modernité*, PUF, París 1982. Así como Julian Baggini, *La trampa del ego*, Paidós, Barcelona 2011.

pensemos en el ascenso del nazismo o en nuestra guerra civil, por ejemplo—, a toro pasado nos preguntamos: ¿cómo fue posible? Si se veían venir esos males, ¿por qué no se actuó eficazmente para contrarrestarlos? Pero ahora mismo están gestándose las catástrofes de mañana, y no somos lo bastante diligentes en escrutar sus signos para intentar prevenirlas... Necesitamos una reflexión radical sobre el cambio climático, que supere la tentación de poner parches sobre los síntomas del problema y aborde las causas: el insostenible modelo de producción y consumo.

### *Evitar lo peor*

Cada vez me interesa más la máxima que proponía Samuel Beckett: fracasar mejor. Y es que estigmatizar el fracaso, o pretender eliminarlo —con ilusoria inconsciencia—, equivale a desertar de la vida. «Fracasar mejor» no es una consigna derrotista, sino una propuesta de acción desde la finitud humana: sin resignación, sin desencanto y sin dejar de llamar mierda a la mierda. Porque, como sabía Manuel Sacristán, «una cosa es la realidad y otra la mierda, que es sólo una parte de la realidad, compuesta, precisamente, por los que aceptan la realidad moralmente, no sólo intelectualmente».<sup>21</sup>

Evitar lo peor en el siglo XXI —para que, quizá, resulte posible fracasar mejor en el siglo XXII— no es un deporte para espectadores. Requiere participantes comprometidos, mujeres y hombres dispuestos a pelear.

<sup>21</sup> Manuel Sacristán: *M.A.R.X. (Máximas, aforismos y reflexiones con algunas variables libres)*, edición de Salvador López Arnal, Los Libros del Viejo Topo, Barcelona 2003, sección I, aforismo 16.



## *Plan B en la Tierra*

Un lector de *El País Semanal* alienta desde Cartagena las misiones espaciales a Marte, razonando de la siguiente guisa: «Ante un futuro incierto, con la amenaza más o menos lejana —y siempre que la humanidad no se extinga— de que nuestro planeta acabe siendo inhabitable, lo primero que nos reprocharán las generaciones venideras es no haber hecho todo lo posible para buscar un plan B fuera de nuestra maltrecha Tierra»<sup>22</sup>.

Ay, amigos y amigas: qué enloquecido *wishful thinking*... A estos soñadores les hace más fácil colonizar Marte que aumentar la fiscalidad sobre los ricos. Pero la realidad, claro está, es exactamente la contraria (¡lo cual no implica que contrarrestar la regresividad fiscal sea fácil después de treinta años de retroceso frente a la ofensiva neoliberal/ neoconservadora, o también neocaciquil, como suele puntualizar José Manuel Naredo). Necesitamos, efectivamente, un plan B: pero en la Tierra, no fuera de ella. ¿Lo llamamos ecosocialismo?<sup>23</sup>

La próxima vez —en ese ecosocialismo del siglo XXI, o del siglo XXII, que lograremos construir si no nos despeñamos antes en los insondables abismos de barbarie que están abiertos ante nosotros<sup>24</sup>— la próxima vez fracasaremos mejor.

<sup>22</sup> José Miguel Grandal López, «Plan B en Marte», *El País Semanal*, 2 de septiembre de 2012.

<sup>23</sup> Mi propuesta en Jorge Riechmann, *El socialismo puede llegar sólo en bicicleta*, Los Libros de la Catarata, Madrid 2012.

<sup>24</sup> Y que, en lo que a consecuencias del calentamiento climático se refiere, ha cartografiado Harald Weltzer en ese libro imprescindible que es *Guerras climáticas. Por qué mataremos (y nos matarán) en el siglo XXI*, Katz, Buenos Aires/ Madrid 2011.

## *Pasajeros a bordo*

La primera conferencia mundial sobre el clima tuvo lugar en Ginebra en 1979, hace 33 años. En marzo de 1994 entró en vigor el Tratado de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, que 155 países habían suscrito durante la cumbre medioambiental de Río de Janeiro, dos años antes. Hoy podemos constatar melancólicamente: en lo esencial, ha sido papel mojado.

Ya en 1995 comenzaron a desprenderse enormes masas de hielo de la barrera Larsen, en la Península Antártica, frente a Argentina: lo que en aquel entonces interpretaron los investigadores como una prueba casi definitiva del calentamiento global. Han pasado desde entonces 17 años, y básicamente no se ha hecho nada.

Les dejo a ustedes con las experiencias y reflexiones de Mr. Iceberger, el héroe de Ilia Troyanov. Les dejo en buenas manos.

El barco del crucero antártico les espera.

Jorge Riechmann  
Madrid, septiembre de 2012

*Para S.,  
mi compañera de palabras*



*At each slow ebb hope slowly dawns that it is dying.*

Samuel Beckett: *Company*



# I

*S 54°49'1'' O 68°19'5''*

No hay peor pesadilla que no poder salvarse ni siquiera estando despierto.

Llegamos juntos, como la víspera de cada partida, a uno de los cuchitriles de Ushuaia, subiendo la cuesta, alejados de las calles transitadas, nos encontramos con la hora en que el último rayo de luz se extingue en el cielo más profundo. Apretujados en una de las alargadas mesas de madera, sentimos cierta solemnidad tras medio año de separación, nos sirve un hombre viejo, sin pinta de temerario, aunque en una despedida me confió que le reconfortaría no sentir la necesidad de clavarse un cuchillo en la mano. La oferta del viejo es escasa, pero cuesta una miseria, a mí me basta con tener un vaso en la mano, rodeado por la amplia sonrisa de reencuentro de los filipinos, que constituyen el diligente grueso de la tripulación. Ellos anticipan su laboriosidad, cada día adicional de paga a bordo los aproxima más a una vida doméstica, a la sombra protectora de una gran familia, y aportan una asombrosa ligereza a la jornada laboral. Los filipinos continuarán siendo un enigma

para mí. Ushuaia no puede menoscabar un ápice su estado de ánimo, tampoco los recuerdos palpitantes ni el eco de las batallas, son sordos a esa frecuencia, eso forma parte de la herencia europea, estigmas del hombre blanco. Se dejan llevar por este lugar, como por el resto de los lugares profanados por nuestra expedición (qué palabra tan arrogante procedente de la liturgia de los prospectos publicitarios), apenas parecen tocar el suelo cuando por algún motivo pisan tierra. Eso nos separa, no tenemos un pasado común: lo que a mí me paraliza, a ellos parece resucitarlos. Por lo demás se los *maneja* con facilidad, como pregona hasta la exageración el director de hostelería a bordo (y con eso quiere decir: con mucha más facilidad que a los discólos chinos), como si él en persona los hubiera adiestrado tan laboriosos tan pacientes tan dóciles. Esa solicitud me molestaría si no fuera por Paulina, que acaso en este momento se ocupe de personalizar nuestro camarote con una flor artificial y un sinnúmero de fotografías, toda la parentela, en primer plano las numerosas abuelas sentadas en sillones sacados al jardín, la mimbre rota en varios lugares, detrás, muy derechas, las hijas e hijos, fieles todos ellos, salvo uno que se largó en secreto, se rumorea que pica verdura en un restaurante de Nueva York. Brindo por los compatriotas de Paulina, mecánicos, cocineros, patronos de lancha y el *maitre* Ricardo, tan discreto como una maleta envuelta en plástico transparente, pero atento, su poder se manifestará en el transcurso del viaje, todos los pasajeros lo conocerán y alguno que otro le estimará (*Howzit Mr. Iceberger*, me enseña el pulgar vuelto hacia arriba, esforzándose siempre por desterrar profilácticamente los malentendidos). Es una visión divina ver a los millonarios del hemisferio norte haciendo cola ante su pupitre, doblando complacientes la cerviz y manifestándole gratitud por la mesa deseada, situada a estribor y con vista de palco a témpanos de hielos y leopardos marinos, con sobres que le pasan a escondidas. Los ricos, lo he comprendido durante los últimos años en alta mar, están



dispuestos a pagar sumas considerables por pequeños privilegios, eso los excluye de la masa, alimenta el optimismo de Ricardo y financia la construcción de su pensión en Romblón. Los leopardos marinos, focas y pingüinos le interesan tan poco como los glaciares o los icebergs, él aprovecha cualquier ocasión favorable, *what a view, fantastic, fantastic, take your seats*, esboza una amplia sonrisa, haciendo alarde de sus dientes, él intercalaría la misma cantidad de *fantastics* si hubiera gente dispuesta a pagar por un lugar en la tribuna de un vertedero de basura, nuestro *maître* se guía únicamente por criterios de rentabilidad. Siempre que nos sentamos en grupo, coquetea con la rubia de las ballenas sentada a su izquierda, pule sus *running gags* como si fueran uñas, escucharé tu conferencia *one of these days*, de veras, quiero entender a esos peces desde que los vi desde el restaurante escupiendo al aire, la verdad es que son muy hermosos, pero él se pregunta cómo es posible que *beautiful* Beate ame a las ballenas más que a las personas, por lo que en una de sus próximas conferencias se sentará en primera fila y anotará cada una de sus palabras, lo promete antes de cada partida, sentado a nuestra mesa de madera alargada llena de toscas muescas, *this time, swear to heaven*, la mujer de las ballenas le pellizca en el brazo, habla inglés con acento alemán, alemán con reminiscencias españolas, y español con deje chileno. Y sin embargo la *education cetacean* de Ricardo se quedará en nada. Lo que es seguro es que al final del viaje hará la ronda con un gorro de cocinero en la mano y recogerá las propinas para los hombres de la cocina, mientras estos se alinean ante el bufé curvo para cantar juntos una canción, en tagalo. Suena como el himno al criado desconocido y cosecha siempre un aplauso atronador.

Ante la mesa se han congregado también los guías del MS HANSEN, instructores de turistas, dicho con otras palabras, lo que yo había sido durante tres años, hasta que ayer, a mi llegada, el capitán me mandó llamar para comunicarme que el

director de la expedición había sido ingresado de urgencia en un hospital de Buenos Aires, sospechoso de padecer gripe porcina, y que bajo ninguna circunstancia podría unirse a nosotros en esta etapa, en el mejor de los casos lo recogeríamos en el canal de Beagle, hasta entonces había que sustituirlo, y él creía que yo poseía la competencia necesaria, que era un técnico, un hombre comprometido, listo (aunque en ocasiones también me pasaba de la raya, añadió su mirada), y además contaba con bastante experiencia a bordo. No quise darle ni quitarle la razón, de modo que tomé la carpeta con las instrucciones. Desde ahora pasaré mucho tiempo junto a la radio y al sistema de megafonía para informar a los pasajeros del tiempo, de la ruta, del próximo destino. Cada uno de nosotros, los guías, posee conocimientos muy especializados de Oceanografía, Biología, Climatología o Geología; cada uno de nosotros sabe hablar de manera amena e instructiva de animales, nubes, rocas; cada uno de nosotros es a su modo un extraño fugitivo, *we're nowhere people*, esta expresión la acuñó El Albatros, nuestro ornitólogo uruguayo. Me saluda con una inclinación de cabeza, *Mr. Ice-berger*, él también me llama así, algunos aún no han utilizado nunca mi nombre de pila, Zeno, otros no saben cómo pronunciarlo, si *Zen-oo* o *Ze-no* o *Seij-no* (en boca de Jeremy, nuestro cachorro californiano, que casi podría ser mi nieto). Estos son detalles nimios a los que no concedo la menor relevancia; me ronda la sospecha de que los colegas disfrazan con este apodo su convicción de que soy un tipo raro. Es curioso que personas apasionadas te consideren demasiado vehemente.

Beate estuvo durante el día con un grupo de pasajeros en el Parque Nacional, donde las veredas serpentean a lo largo de las bahías, los rayos del sol caen oblicuos y como mariposas sobre ciertas hojas, todos nosotros hemos practicado alguna vez el cómodo paseo por la selva patagónica, pero este año se ha inaugurado una nueva senda, y Beate, la concienzuda, no quisiera verse en apuros por saber menos que uno de los turis-

tas, aunque se trate de una senda punteada hacia una ensenada más. Por eso ella, como ha contado con todo lujo de detalles, viajó en uno de los autobuses numerados del 1 al 5, pasando por el campo de golf más meridional del mundo, más allá del final de la carretera Panamericana, hasta un gran aparcamiento apisonado, del tamaño de dos campos de maniobras militares en el que los *aliens* aterrizan en la naturaleza, desde el que se desciende a la senda por una pequeña escala de madera lacada. ¿Cuántas ballenas viste?, pregunta Ricardo en broma. Una, contesta Beate. ¿Una ballena, cómo es posible? ¿Un animal solitario? ¿Un ejemplar joven? Una ballena varada, contesta Beate, un animal de piedra, está en tierra, criando musgo, los niños pueden montarse en ella. Se detiene. Es como un memento mori. Alarga la pausa. Tan maciza, como si fuera perdurable. La nueva senda está dotada de un cubo de basura y un banco para sentarse cada doscientos metros, papelera banco papelera banco, así te deslizas sigilosamente por el bosque. Nuestro guía, refiere Beate, era un asqueroso con botas altas, un *porteño*, que ansiaba pasar el verano en el frescor del sur, lo que no sabía lo suplía con su falsete, a los aborígenes los tachaba de animales salvajes, ni siquiera los llamaba por su nombre, los insultaba tildándolos de *comehierbas*, contaba chistes estúpidos, sabemos poco de ellos, dijo, eran muy tímidos, apenas veían a una persona se iban con el rabo entre las piernas, si querías acercarte a ellos, se alejaban deprisa, como puercoespines, ocultándose en lo más profundo de la maleza o enterrándose en la tierra, cual mofetas. No pude menos que aleccionarlo delante de los pasajeros, las personas que vivieron antaño en esta selva se llamaban *Yah-gan*. *Yah-gan*, repitió la palabra como si tuviera que cascarla, el nombre le pega a un pueblo primitivo como un puñetazo al ojo, suena exótica, como una especie rara de araña. ¿He mencionado sus botas? Dejaban profundas huellas, un nombre, el del fabricante, creo, quedaba grabado a cada paso en la tierra húmeda. ¿Puede explicarme alguno de

vosotros cómo ha surgido esa curiosa expresión: «pueblo primitivo»? Beate enmudece, y de pronto todos los integrantes del grupo callan, como obedeciendo a una señal secreta. No todos han oído la pregunta, la respuesta se difundirá por toda la mesa. Porque los exterminamos, contesto en voz alta. Porque destruimos todo lo que se pone de parte de la naturaleza. Nosotros honramos a los extinguidos, exponemos sus máscaras y retratos en sepia, nos ocupamos abnegadamente de aquellos a quienes exterminamos. Se levantan voces de queja entre los guías, *here he goes again*, ellos esperan una de mis salidas de tono, ya han tenido que soportar varias veces mis ataques de cólera, saben por experiencia que cuando Mr. Iceberger empieza apodíctico, termina apocalíptico. Es nuestra primera noche, me muerdo la lengua y callo mientras a mi alrededor comienzan a surgir otras conversaciones.

Soy el único que se queda con el viejo que ha servido la mesa en silencio durante toda la velada. Esto se ha convertido en una costumbre para nosotros, desde la primera vez que lo vi. Yo había dejado mi cámara sobre uno de los bancos de madera de su taberna y tuve que regresar atravesando el frío, luchando con el viento, entré congelado, el viejo estaba solo, recogiendo, tuvo que servirme todavía algo para entonarme, me enzarzó en una conversación que al principio nos hizo sentirnos todavía más extraños, y después, frase a frase, vaso de aguardiente tras vaso de aguardiente, fuimos quitándonos la coraza de rabia hasta que nuestras heridas quedaron a la vista. Desde entonces nuestra sintonía mutua ya no cedió. Él limpia tranquilo las mesas de madera con movimientos circulares, las venas como grietas de hielo en el dorso de sus manos, la piel en muchas zonas marrón como el hígado. Maldice con furia implacable haber nacido crecido envejecido en esta Ushuaia que desde tiempos remotos tiene una edificación precaria, provisional, donde todas las tiendas se llaman *Finisterre* y lucen pingüinos en cada delantal, en ese rincón del mundo que no tiene compasión de nadie, ni

de los vagabundos que antaño caminaban descalzos sobre espinos hasta que fueron asesinados por buscadores de fortuna y deportados, ni de los desterrados con pesadas cadenas, a los que la nostalgia de la huida les rasgaba cada vez más profundamente su carne, ni de sus descendientes, que se humillan ante los turistas como si quisieran recoger los pegotes de barro seco bajo sus suelas, como si la tierra de Tierra del Fuego contuviera todavía oro en polvo. ¿Mejora un lugar cuando la gente se traslada allí voluntariamente? ¿Calienta la turba empapada en sangre si se quema en las estufas nativas? El viejo desaparece un instante y regresa con dos vasitos panzudos. El contenido huele a vainilla y quema bien en el gazzate. El viejo no para de moverse, del mostrador a las mesas, entre éstas, como si en cada lugar hubiera algo que recoger. Lo sigo hasta la ventana, las escasas farolas de la calle se difuminan en la llovizna hasta convertirse en surcos de brillo mortecino. Nos entregamos a los sonidos lejanos. De pronto retoma la palabra.

—De niño, por la tarde, me sentaba delante de nuestra casa, esta casa de ahora era por entonces nuestro barracón, y miraba hacia abajo, a la ciudad. Cuando las nubes estaban bajas, me imaginaba que la calle se fundía con la niebla. Corría calle abajo, esperanzado; siempre terminaba en la mugre del puerto.

Nos sentamos por primera vez, hasta entonces nuestras conversaciones se habían desarrollado entre una mesa y la puerta, ahora él vuelve a llenar los vasos, como si tuviéramos existencias de sobra. Sus comentarios son puntos entre largas frases de silencio:

—En estas tierras al que se levanta en vida lo castigan con un tiro en la nuca.

—Recordábamos a mi abuelo asesinado en temeroso silencio.

—Mi madre me previno contra los uniformados igual que otras madres previenen a sus hijos de los perros mordedores.

De pronto se vuelve hacia mí y me habla mirándome a los ojos.

—Tú vuelves a viajar con ellos y aguantas todo. Deshonras tu propio santuario.

Se frota la cara, la barba, con la mano.

—Te he observado. Eres pura palabrería. Tu indignación, un pedo. Sueltas aire, buscas siempre camorra, pero aparte de eso eres igual que todos los demás, no, peor todavía, tú sabes a qué me refiero y vendes tu conocimiento por dinero.

No le contradigo y eso aviva aún más su furia.

—Todo el que acepta lo evitable, es un infame —A continuación me señala la pesada puerta.

Como si estuviera unido a una morrena. Esta es mi pesadilla de cada noche.

Los pasajeros subirán a bordo mañana. Día 1: Embarque. Una jornada como cualquier otra. Aún no hemos zarpado. La inminente partida me sume en la inquietud, no soy un marino de pura cepa, al contrario, antes de que me expulsasen mi hogar eran las montañas. Vi por vez primera el mar en la terminación de un glaciar, la punta de su lengua casi lamía la playa, el arroyo del glaciar se adelantaba corriendo, yo tenía veintipocos años y era confiado, tan confiado que me perdí deliberadamente en la selva entre la playa y el glaciar. Hoy se burla de mí la lengua fantasmal del derretido, estoy indefenso contra los súbditos de la pesadilla. Paulina duerme, ella se duerme de prisa, y más aún si hemos hecho el amor. Mañana partimos. Otro viaje. Mi cuarto año.

Está escrito.

Buscamos consuelo en frases degradantes como ésta. Nada está escrito; *es* escrito. Por cada uno de nosotros. Al igual que cada cual contribuye con su óbolo a todas las ruinas envenenadas del mundo. De ahí este cuaderno de apuntes, de ahí mi decisión de consignar los acontecimientos, lo que sucederá. Me convierto en portavoz de mi propia conciencia. Algo tiene que suceder. Ya es hora.

# 1

Eso son medidas de ensueño, nadie hará caso, quítatelo de la cabeza, sírvanse hasta que se agoten las existencias. Señor, señal de alarma a 406 MHz. Haga de tripas corazón, absolutas medidas de ensueño, para chuparse los dedos, trece meses de sol, bienvenido al paraíso, y lluvia todos los días. ¿Radio-baliza de emergencia? Sí, señor. ¿Qué barco? Desconocido, señor. Los frescos están siendo restaurados desde la semana pasada, la capilla permanecerá cerrada todo el verano, siento que hayan emprendido en vano tan largo camino hasta aquí, no podemos dejarnos presionar, una pregunta a su invitado, arca y cara, verdad, un simple cambio de letras, ¿qué significa eso?, algo queda en la memoria, siempre queda algo. Tengo un dato de situación, señor: 43° 22' S, 64° 33' O. De noche, estoy harto, todos los gatos, la sensación térmica era más alta, son pardos, qué medidas de ensueño, a sotavento se navega más fácilmente, tienes que hablar claro, el asunto se considera ya cerrado. Aquí hay gato encerrado, señor, hemos perdido el contacto por radio con el HANSEN. ¿Qué hay del oficial de radio? No contesta, señor. Es mi turno, fuera manos, el sostén es mío, contén el aliento, Charly, a la una, a las dos, no quiere, prenda rebelde, en caso de necesidad se enganchará,

ya vendrán tiempos mejores. ¿Radar? El barco se mueve con rumbo norte-noroeste. ¿Lo ha intentado en todas las frecuencias? Sí, señor. Siga intentándolo, yo me pondré en contacto con el servicio argentino de guardacostas. Hay algo que se me escapa, si no he entendido mal, todos nosotros iremos al cielo o al infierno, pero a algún lugar iremos, entonces ¿es que todos somos por defecto inmortales? ¿Prefectura Naval Argentina? Sí... sí... la última posición conocida fue: 54° 49' S 68° 19' O, desde entonces no hemos tenido contacto con el HANSEN. Esos tendrán éxito, nadie lo pone en duda, no te lo tomes tan a pecho, simplemente respira profundamente, respira hondo, qué medidas de ensueño, hacemos lo que podemos, podemos hacer algo BREAKING NEWS ¿OTRO ACCIDENTE EN LA ANTÁRTIDA? BREAKING NEWS ¿OTRO ACCIDENTE EN LA ANTÁRTIDA? y no obstante